

Carta de El Salvador

Miguel Huezco Mixco

Crecí con la idea de que el idioma oficial de El Salvador era el español. Las paredes de mi ciudad, San Salvador, sucias y manchadas, lo desmienten. Esas manchas, cicatrices de batallas urbanas que tienen como arma principal el lenguaje, son signos de nuevas formas de ser y de vivir.

Es fácil, por ejemplo, establecer cuáles han sido los recorridos tradicionales de las luchas sociales. Varias generaciones de reclamos están pintados principalmente sobre dos ejes viales que confluyen en el centro histórico. Las campañas políticas, también han dejado sus marcas en paredes, postes de teléfonos, aceras, puentes, árboles y monumentos. Los gritos de los políticos serpentean por todas las carreteras y caminos del país acompañados de la infaltable basura que se esparce a los lados de las vías.

Luego, están los rótulos comerciales. En estos casos, el idioma inglés ha comenzado a desplazar al español. Grandes o pequeños establecimientos para el alquiler de vehículos (rent a car) o para la fabricación de carteles (banners); nombres de restaurantes, salones de belleza (beauty salon), talleres de mecánica y ventas de neumáticos, están identificados en inglés. Las empresas que operan bajo el régimen de franquicias están introduciendo más expresiones en inglés. En una ciudad que siempre espera el próximo terremoto, no se escribe «salida de emergencia», sino «emergency exit». La alegría se ha convertido en «joy». La navidad, en «Christmas». Para los salvadoreños el inglés representa mucho más que un mecanismo para conseguir trabajo o acceder a oportunidades de estudio. Hablarlo se ha convertido casi en un asunto de sobrevivencia.

Hasta hace unas dos décadas el inglés era un distintivo social de las clases adineradas. Era la lengua de los «mandarines» criollos. En sus fiestas se hablaba, y se habla, en inglés. Ahora las cosas han cambiado. En este país marcado por las migraciones, padres e hijos de toda condición social conversan en español o inglés. Cada vez más puestos de trabajo piden que los aspirantes a ocuparlos sepan hablar inglés. Diez de cada cien familias riñen, hacen negocios o se consuelan en inglés, y la proporción va en aumento.

La cultura de El Salvador ha pasado a ser una producción transnacional. Lo ha sido históricamente. Con las expediciones españolas del siglo XVI también llegaron ejércitos mexicanos. Más tarde arribaron inmigrantes chinos, europeos y árabes. A lo largo de los siglos XIX y XX la influencia cultural de México y Estados Unidos moldearon la forma de ser de esta sociedad. Desde el último cuarto del siglo pasado se ha producido una asimilación de nuevos rasgos culturales provenientes, como en el pasado, de la música, las modas y los medios de comunicación.

Aunque cada vez se habla más inglés, todavía hace falta un buen trecho para que esa corriente llegue a las artes literarias. La literatura permanece anclada y fiel a la lengua de Cervantes. Y aunque veinte de cada cien salvadoreños viven en Estados Unidos, existe resistencia a considerar que la literatura escrita en la diáspora es parte de la literatura nacional. Es algo parecido a lo que ha ocurrido en Nicaragua y Costa Rica con relación a la cultura de la costa atlántica, donde la población habla inglés.

El ascenso del inglés está planteando enormes desafíos a la cultura. La Real Academia de la Lengua tiene pesadillas y engendra monstruos cómicos, como el cederrón (CD-Rom). Y los administradores de su franquicia salvadoreña, ¿cómo piensan preservar y dar brío a la lengua española en un país donde la gente necesita el inglés para vivir?

En países como este, la poesía misma, ahora tan carente de sorpresas, tan aburridora, probablemente conocerá un nuevo esplendor... gracias al inglés. Andando el tiempo, los hispanoamericanos, más que los miembros de la región cultural integrada por las naciones americanas de habla española, serán los latinoamericanos que viven (o mal viven) en Estados Unidos y que hablan inglés.

Asistimos a la emergencia de nuevas «ínclitas razas ubérrimas». Rubén Darío revolucionó la poesía y la sensibilidad hispanohablante con ritmos y melodías francesas. El nuevo Mesías probablemente nacerá en un pueblecito de fronteras.

En un lugar de la mancha

El bulevar Constitución de San Salvador, uno de los principales ejes viales de la ciudad, es el reino de Las Mancha. Por ese eje circulan diariamente alrededor de un cuarto de millón de personas. Las paredes laterales a la entrada al túnel que se abre al pie del monumento, el viajero puede mirar un abigarrado conjunto de pinturas de diversas agrupaciones de jóvenes. A muchos esos murales les resultan chocantes. Se piensa equivocadamente que son obra de las pandillas de jóvenes –las ‘maras’– que asolan la ciudad.

En realidad, se trata de algo muy distinto. Aunque comparten con las maras los mismos barrios pobres, sus autores no profesan ningún culto violento. Muchos de ellos, devotos cristianos que predicán el evangelio, son aficionados al hip-hop, un movimiento que surgió hace cuarenta años en las comunidades hispanas y afroamericanas de Bronx, Quenns y Brooklyn, en Nueva York. Esa semilla híbrida ya está produciendo su cosecha en San Salvador. Ha cautivado a millares de jóvenes, especialmente en los barrios más pobres.

Una de sus expresiones características es el EMCeen/rap, proviene de una tradición africana que llegó a New York a principios de los setenta. Se originó en las frases que se utilizaban para animar al público en las discotecas. Su resultado es el rap, como es conocido en la actualidad, que se ha expandido por el mundo, y que ha producido todo un género de poesía urbana.

El rap es la expresión musical de las nuevas generaciones de la cultura negra en Estados Unidos y también de muchos jóvenes de El Salvador, y consiste en una narración rimada, acompañada rítmicamente. Esta es la matriz del hip-hop.

Parte constitutiva del hip-hop son los graffiti. Los graffiteros han rociado San Salvador con sus firmas o contraseñas (también llamadas «tags») que realizan con caligrafía muy estilizada. Se les

mira por doquier. Son similares a las que se encuentran en las proximidades del metro Churubusco en la Ciudad de México, o los túneles de París. En El Salvador, sus coloridas composiciones gráficas, realizadas con aerosol, rompen la monotonía del bulevar.

Los muchachos que integran estas cuadrillas de graffiteros («crews») nacieron en los años ochenta y noventa. No vivieron directamente la guerra civil pero padecieron el desmembramiento familiar por la emigración de sus padres. Se formaron en las calles de una sociedad urbana, muy polarizada y represiva. Muchos son jóvenes excluidos que no encuentran un puesto de trabajo, que provienen de entornos familiares quebrantados, todo lo cual los expone a protagonizar la violencia ya sea como victimarios y como víctimas.

Estos jóvenes, impactados por formas culturales transnacionales, están produciendo una diversidad de culturas. Sus manchas callejeras incluyen reclamos de justicia social a través de una estética muy diferente a la de sus padres. Ya no escuchan tanto Silvio Rodríguez, como a *Enemigo público* o *La Calle Trece*. Sus rimas, a menudo insultantes, demandan que se les reconozca como parte de esta sociedad. Sus agrupaciones musicales favoritas son *Pescozada* y la *Real Akademia*. Han convertido a San Salvador en una ciudad de La Mancha.